

NOVELA:

Luna de hojas muertas

1. Tiempo de luna de las hojas muertas.

Al acercarme a la puerta del Caballo Rojo la noche desplegaba sus alas y avanzaba con paso decidido envolviendo calles y callejones; hasta mis oídos llegó la voz desgarradora de *Joe Cocker* que interpretaba, aquella canción, “*The Letter*” con una cadencia o hechizo de lupanar de amanecer y con una turbiedad que no pertenecía a las sombras reales; en aquella gélida noche de invierno una espesa bruma se había instalado en las calles, la niebla sacude, con fuerza, mi nostalgia y el silencio amordaza mi intimidad, escondiendo ese grito que surge del fondo de mi mutismo. Suelo saber más de los demás pero soy desconocedor de mi propio ser; indolente, dejo que el tiempo me guíe y me cobije en una penumbra opaca que sobrevive a espaldas de mí mismo y me arrastre por tortuosas callejuelas, alumbradas con destellos metálicos de un gris plomizo que encienden mi rostro, amansan el tiempo y la vida, y me ensamblan en otro cosmos donde el vacío se curva, eclosiona delante de mis pasos y de mi mirada. Me sorprendió el fracaso y me obligó a batallar con mis silencios, que como la mala hierba, germinaban en mi interior; siempre precise que el rumor me hablase y así poder comunicarme a través de él. En este instante el pasado se presenta suntuoso y confuso, recuerdos ambiguos fluyen memorables e indignos en mi mente, son como rocas imantadas que me aprisionan bajo el influjo de los veleros del subconsciente: es tiempo de luna de las hojas muertas. Híela y como de costumbre me había olvidado de ponerme el abrigo, sentía como el frío atenazaba mis huesos; apreté el nudo de la corbata, en un intento baldío de combatir la baja temperatura, pero, toda incomodidad desapareció cuando divise la reconfortante luz rojiza del neón que coloreaba la niebla y asediaba al Caballo Rojo.

Viernes noche, local abarrotado, el resplandor de los halógenos refleja el humo del ambiente, confundiendo las fragancias del bello sexo con un tufo a tabaco y a sobaquera. La música se entremezcla con la visión multicolor de las ambiguas vestimentas de aquellos moradores de la noche. Las paredes revestidas, de madera de roble, conforman suntuosos cuarterones en bajorrelieve; el barniz emborracha la madera y refleja, distorsionada, la luz tamizada por el humo. La comfortable moqueta, tiene un color indefinido por el uso, en algunas zonas cercanas a la barra, presenta un mosaico de quemazones de colillas; al fondo la majestuosa barra preside el local, un apoyabrazos, tallado en generosas formas curvas, envuelve y confunde a los clientes; más atrás, en los anaqueles, hermosas botellas de güisqui de veinticinco años se ofrecen seductoras. Cerca, sentados en los sillones, están todos, ellas muestran satisfechas su palmito; no falta nadie, ironías del destino, hasta está el viejo profesor, psiquiatra como yo, siempre en su rincón, escudriñándolo todo con su mirada inquisidora; fui su mejor discípulo,

aunque en muchas ocasiones aventajaba al maestro. Están alegres, un poco achispados, siguiendo la costumbre organizan un barullo piramidal, vociferantes y sosos, relatan a voz en grito, chistes subidos de tono; el escándalo que ocasionan no tiene origen en la borrachera, sino en la necedad; forman un puñado de cándidos exaltados por las ganas de vivir. Alzo la copa y la saboreo con lentitud; al girar la cabeza descubro a Ángela y mi angustia se acelera hasta el punto de sentir una punzada, como de miedo o algo parecido, en el torso. Parece inabordable, en su cara, relucen sus carnosos labios, recubiertos de un sensual carmín violáceo que enmarca sus hermosos y relucientes dientes; la cabeza echada hacia atrás, como abandonada, descansa en el respaldo de la butaca, resulta chocante en ella, siempre erguida; las arrugas surcan sus ojos y las primeras canas despuntan entre sus cabellos trigueños le dan un aspecto atractivo; ya no era la que había sido, pero aún irradiaba hermosura y sobre todo, seducción. Sus largas y codiciadas piernas, sustentan unas hermosas rodillas flanqueadas por prietos muslos, todo aquel primor está enfundado por unas medias oscuras, envueltas por una minifalda negra, muy ajustada, cuyo final no podía percibir, aunque no sería ilícito asegurar si aquellas oscuridades estaban al descubierto. Dejé de mirarla y con indolencia burlona me senté en un destartalado taburete de espaldas a la barra. Mi razón siempre fue un torbellino de necesidades engendradas por mi forma de vida, pero ya no me generaban felicidad. Reclamaba para mí la obligación de respetarme y amarme “mucho más”, de lo que debiera querer a los demás. Dinero, fama, poder y sexo, son objetivos que puedo alcanzar con suma facilidad, tal vez la vida me los ofrezca, pero hoy por hoy, comienzan a generarme frustración. En momentos como este, soy consciente que de repente sale al exterior el cabrón que llevo dentro. ¿Me habría estado acechando desde que entré? ¿O quizá fue que al alzar mi mirada, por fatalidad, se encontró con la de ella? ¿Por qué ella no había rehuido mi mirada cuándo nuestros ojos se tocaron? ¿Será que mi fiebre por las mujeres y mi costumbre por poseerlas, me predisponen a tener tan mala opinión de ellas? Ella es una de esas hembras que por temperamento, más que por la ternura que desbordan, enganchan a aquellos que no la conocen tan bien como yo y perciben como seducción, lo que en verdad es otra cosa. Para contrarrestar lo acertado de mi parecer, aunque en realidad no lo necesitaba, la vuelvo a mirar y cuál no sería mi asombro al advertir que ella también me mira. Ahora la lujuria brilla en su rostro, escondida por una mirada sesgada y enrojecida por el odio. Aquello me excitó, deslicé por ella mis ojos, mansamente recorrieron su cuerpo, palpándolo, mientras, ella sigue con la mirada fija e insolente, hasta que visiblemente confundido y desconcertado noto como ella se resiste y no tengo más remedio que mirar a otro lado: es indudable, a Ángela, su estancia en los juzgados había fortalecido su carácter.

Me desperté de madrugada, como de costumbre, a la misma hora, las cinco, sin necesidad de despertador, tan sólo influida por un ansia que me obligaba a abandonar el sueño; cada amanecer, con puntualidad, me despertaba con el camisón remangado por encima de la cintura y recogido contra mis senos. Me gustaba aquella sensación de silencio en la que el cuerpo se encogía entre las sábanas y entremezclaba los sueños y la realidad, embriagando mis sentidos sumergiéndolos en un aburrimiento que deshace la vida. Nunca entendí el sexo, como algo exclusivamente natural y biológico, sino para utilizarle en defensa de mis fantasías y de mis anhelos más íntimos; hay una cierta animalidad en mi sexualidad y la reafirmo como una saludable descarga profiláctica de sexo superabundante, si bien, durante algún tiempo

fue indebidamente reprimido, ahora es muy sano, aunque desprovisto de todos los estímulos que antes disimulaba: la transgresión, la conquista y el riesgo. En muchos recodos de mi mente, aún afloran el dolor, el desdén, la frustración, la tristeza, la angustia y los sufrimientos en sus distintas versiones. Es tiempo de recurrir al amor: sólo el amor puro eleva, pero hablar de él, es asegurar el dolor; entre ambos se establecen unos lazos de dependencia, la sensibilidad de la vida está muy relacionada con el sentido del tormento. Necesito demandar del sexo, más que placer, algo que sea profundo e imperecedero; tan humano es tener deseo como no tenerlo. Recuerdo las acertadas palabras de Laura: “Mujeres pero también hombres, piden ayuda por que no les apetece. Y no son necesariamente viejos o incomprendidos; son hombres y mujeres en la cúspide de su trayectoria profesional, con una magnífica reputación individual y social, exitosos y divertidos, pero sin deseo. El evento es de tal magnitud que se podría denominar como el síntoma de inhibición del deseo sexual, es el problema más frecuente en las parejas estables. El estrés, el cansancio, la falta de tiempo, la adaptación a la vida en pareja, los niños, la televisión, las obligaciones sociales, son las disculpas que manipulan los que exteriorizan ese problema, pero, detrás de ello, casi siempre perdura el desencuentro”. Su talante de psiquiatra siempre favorecía sus afirmaciones, en cambio mi condición de jueza predisponía a los demás a prejuizar mis aseveraciones. No puedo esperar el otoño impasible, pues éste vaga galopante, necesito que resurja otra vez la primavera. La esperanza no es más que una cotorra que nos embauca continuamente; para mí no comenzó la felicidad hasta que la extravié. Necesito abandonar aquellas vivencias que proporcionan cansancio a mi vida; en mi interior convive una mezcla de sentimientos displacenteros: la renuncia y la sensación de hacerlo todo con exceso de celo. Mi personalidad se oscurece con un regusto de desidia, en la que se alinean: la pereza, el desánimo, la pesadumbre y un sentimiento de impotencia con respecto a la vida que me sobrepasa. Emerge en mí una sensación de opresión engañosa, combinada con la impresión de estar confusa por dentro. En medio de aquel combate se abre ante mí, un camino hacia el otoño, donde sólo hay hombres caídos en una amalgama que empalidece y ruboriza el amor en mis mejillas: Alfredo, tu piel de azúcar me atrapó, pero, si anhelas, en el mundo, no ser un fulano inmundo, no tengas urgencia en nacer, ni dejes que sin amor te descubra la comadrona de la vida. ¡La naturaleza es una trampa!, el amor, que llaman amor, no percibe muchas veces más que su propio rumor, puedes creer, o no, pero demasiadas veces se impacienta y en confusos líos te mete. Luego está la madre justicia que te impone sus leyes y coacciones, así subsistes hostigada, olvidas lo que tienes que aguantar, entonces arriban los años, la cabeza flojea, los principios emigran de golpe y porrazo, y, un lamento postrero te da un arañazo. En fin, ¿qué es una mujer?, ¿qué es la vida? Ayer amabas, hoy sufres y mañana mueres, sin embargo, piensas hoy y mañana en el ayer; pero, el amor es tan poderoso como la muerte, y los celos, tan inhumanos como la tumba. Mi relación con Alfredo había durado tres intensos años, ningún hombre había experimentado en mí como él, hacía que sintiese y viviese plenamente, llenaba todo mi ser, ¡nunca le olvidaría! Recordaba como me sermoneaba: “Ángela, la educación que recibiste de tu madre se apoyaba básicamente en la abnegación y la responsabilidad, con el paso del tiempo, influyó en tus experiencias eróticas y en la idea del placer. Ello llevaba implícito una cierta renuncia a buscar los elementos positivos, en las vivencias amorosas de adolescente”. Resultó hasta cierto punto lógica mi actitud de recelo frente al fenómeno amoroso, poco a poco, mis sentimientos estaban presididos por sensaciones negativas, después, cuando la madurez surge, el vacío y el tedio violentan mi

situación personal, se exhibían ante mí como una pesada carga que no me daba respuestas satisfactorias; me empujaban irremisiblemente a buscar en las salidas intempestivas y en la adicción al trabajo, como la única perspectiva que le diera sentido a mi vacía vida. Tales apuestas las emprendía como compensación a mi incapacidad de aceptar afecto, difícilmente encontraría una respuesta positiva, tanto en el trabajo como en mi entraña afectiva. Recuerdo haberme desorientado, cuando descubrí papelinas de cocaína en los bolsillos de sus pantalones, nunca observe en él los conocidos síntomas del adicto ¿No sería, más bien, qué las usaba con otras personas para experimentar? Era una duda que de momento no podría desvelar. La droga es el refugio de muchas personas, el vacío espiritual de nuestro tiempo. Más de la mitad de los detenidos que llegan a mi juzgado, tienen un común denominador: la droga. Alfredo siempre necesitó del misterio y en su extremo más íntimo subyace una aspiración hacia lo intrascendente. En ese gran viaje se esconde una pretensión de impotencia, una forma pervertida de la mística, saltándose con ella la psicología y todo lo que de ella se deriva. La sed de infinito, que todos llevamos dentro, algunos las satisfacen mediante la llave engañosa de la droga. La paciente aventura de lo habitual, es sustituida por la química que la droga promete, combinada con su mandamiento preferido, el undécimo: “No dejarse deslumbrar”. Desde la muerte de mi madre, todas las mañanas me acerco a la terraza, desde allí contemplo como llega el alba, pero no el día; me apoyo en la barandilla de la terraza, observo, me cautivaba aquel río de gente que prestos transitan hacia ninguna parte, camino de sus trabajos. Un viento desabrido arroja polvo contra la terraza. Oigo el ruido de la persiana. Oigo el runrún de la arena que azota los cristales. Oigo el ruido de la puerta del salón al golpearse. Oigo el quejido de las humedecidas ramas de los árboles. Oigo como lloviznan hojas de colores. Oigo el ruido metálico de la puerta del patio al golpearse contra el cerco. Oigo el ruido del autobús que pasa. Los rayos de sol hacen arder los espejos y el reloj, ya no se nutre del crepúsculo matutino. El cielo ofrenda un manto grisáceo y las sombras lanzaban agujones con lágrimas que vaticinan escarcha. Quizá sea tiempo de reconocer que en mis manos habitan el vacío, que mis labios son de miel amarga y que en mi seno se enmascara el silencio que hace que nuestras almas sean distintas a nuestros cuerpos. Ya no hay razón, sólo el más oscuro de los velos.

¡Qué tarde es!, tendré que darme prisa, no entraré al juzgado por la puerta de funcionarios, cruzaré por el patio acristalado. Está lleno, sin duda ha habido redada; huele a húmedo y podrido, las paredes están sucias y cegadas de *graffiti*, da asco, no volveré a entrar por aquí. El largo pasillo se me hace interminable; que indignidad, los policías registran a dos mujeres: el pecho, los pantalones, la entrepierna y los zapatos. Los hombres ríen, hay insultos y apretones. En el pasillo penurias, carreras e insultos; me empujan; dos policías y un comisario joven, van de un lado a otro, intentando poner orden en aquel desaguisado. Un guardia se ocupa de las puertas de los lavabos, no entra nadie sin que les acompañen. Dentro, en los despachos, dos paisanos de cara a la pared son cacheados, a otros les interrogan: ¿Cómo se llama, lugar del hecho, lugar de la detención, cuándo fue detenido por la última vez, fue por la mañana, por la tarde o por la noche, profesión, día, mes y año de nacimiento, lugar! Llevarle al calabozo, hasta que la comisaría del distrito conteste, no vaya a resultar que el domicilio resulte falso. Traen a uno esposado: la cabeza rendida sobre el pecho; le llevan a interrogar a la planta de abajo, en el sótano; el hombre no habla, está rígido, a menudo se toca la cara,

tiene el ojo derecho tumefacto, seguro que se resistió y le obsequiaron con una “caricia”. Su brazo derecho corre paralelo al cuerpo, está inmovilizado, le sale sangre por debajo del puño de la camisa. A través de la ventana, observo como del patio acristalado van saliendo las detenidas que han sido puestos en libertad. Van caminando del brazo, provocativas, con cara de no haber dormido; otras quedan retenidas, estarán reclamadas por algún juzgado, pasarán a disposición judicial; tres huidas del reformatorio, las devuelven al mismo y allí esperaran la fecha del juicio.

—¡Coño, señora, apártese que está estorbando! Vaya a la sala de espera, aquí no puede estar.

La cara de Ángela se acartona y con una expresión iracunda le inquiere:

—¡Quiero hablar con el comisario que esté de guardia!.

El policía le hace un gesto de menosprecio con la mano y le contesta:

—Ahora no puede, váyase y deje de...

—¡Oiga! No vuelva a interrumpirme —un sofoco repentino le sube al rostro.

El policía se le encara:

—La voy a mandar a la mie...

Le mira de arriba abajo, hace una pausa y añade:

—¡Le he dicho, mequetrefe, que no me interrumpa! ¡Soy la Jueza Aguirre! ¡Que venga inmediatamente el comisario que esté de guardia!

Desencajado le contesta perplejo:

—Enseguida —se levanta y sale presuroso al pasillo.

Quedo perpleja, aquella amenazadora atmósfera me estaba haciendo sentirme victima. El nudo del estomago comenzaba a traicionarme. Me vuelvo en sí, la voz cadenciosa de un joven inspector, me vuelvo, le miro, él sostiene mi mirada, me desconcierta, tiene unos ojos de color indefinido donde retrocede la luz. Le inquiero, aunque esforzando mi voz cadenciosa

—Al pasar por el pasillo, he visto como dos agentes masculinos, cacheaban a varias mujeres, sin el menor recato y a la vista de todo el mundo. Esto es una indignidad, ya no se respetan las formas más elementales de conducta; es como una espiral desgraciada, se contaminan unos a otros, a veces, es difícil distinguir quienes de ustedes están a un lado o al otro de la ley ¡Qué tiene que decir! —sus cejas mostraban asombro y apuntaban hacia lo alto.

—Siento lo ocurrido, pero las dos únicas agentes que están hoy de guardia, han ido a los servicios con dos drogadictas que estaban en muy mal estado, llevan sin pincharse varios días y ...

Le interrumpe diciendo no con la cabeza y le replica:

—Que sea la última vez que esto ocurre, inspector. Si carece de personal femenino, enciérrelas e incomúniquelas y cuando disponga del personal adecuado, regístrelas y tome su afiliación.

Clavó la vista en el suelo, como si no se atreviese a enfrentarse con los ojos de la jueza y responde:

—No es tan fácil, no se como lo hacen, pero aún encerradas, hacen desaparecer todo vestigio de droga.

—Ustedes se ahogan en un vaso de agua. Les encantan la parafernalia de las redadas, las hacen para sentirse importantes. Donde radica el mal es en los grandes traficantes, en el movimiento de las ingentes cantidades de dinero negro, es ahí, donde deben buscar.

Ahora el rostro del inspector cobra expresión de gravedad y se queja:

—Con todo respeto señoría, ese es un cometido de la fiscalía y de la policía judicial. A nosotros, nos dejan hacer solamente el trabajo sucio.

Mira al reloj, hace un aspaviento de marcharse y le reprocha:

—Puede que así sea, pero procuren guardar las composturas.

Hay que joderse, nosotros peleando con esta escoria, algún día hasta es posible que nos contagien el SIDA y esa repipi de mierda, viene a darnos lecciones de ética, ni tan siquiera se digno a despedirse, se conformó con hacer un digno ademán con la cabeza, y si te he visto no me acuerdo:

—Venga, joder, a moverse, y no hagáis ni puto caso.

En la mesa de su despacho Ángela ojea, con desgana, los sumarios; está enfadada, no le gustan los procesos donde interviene un jurado. Es el típico proceso que se puede resolver en un abrir y cerrar de ojos. No tendría siquiera que esforzarse, pero al intervenir el jurado, un juicio por intento frustrado de asesinato, el veredicto suele viciarse. Seguro que tendría que recurrirlo el fiscal.

— Estefanía venga y traiga el sumario de la violación del Puente de Vallecas.

Se acerca rápida y le dice:

—Aquí lo tiene señorita.

—Por cierto ¿dónde está Jacinto? —aquella pregunta delataba el mal humor de su rostro.

—Hoy no ha venido, está enfermo, creo que tiene lumbalgia.

—Yo también tengo problemas de espaldas y me aguanto. Ya me estoy empezando a cansar, siempre me toca a mí. Voy a convocar una reunión y plantear el tema de los horarios. Y voy a señalar uno por uno a todos los que se escaquean. Seguro que tenemos el mayor índice de absentismo de todos los juzgados. Cómo hoy no salga el asunto de la violación, os pongo a todos a jornada completa, y vaya si lo hago. Los expedientes se amontonan por días, esto comienza a dar asco.

Suspira profundamente y le contesta:

—No sé que decirle doña Ángela. Hago todo lo que puedo.

Le mira a los ojos, estos se muestran húmedos, sonrío y la consuela:

—Esto no puede seguir así, hoy sin ir más lejos, de cinco personas estamos tres. Puede retirarse. Después de lo que visto en las cloacas del juzgado, se me han ido las ganas de trabajar.